

Yo no tengo la culpa

-¡Madre!, cómo está esta salida.

Opto por lo lógico, por lo más razonable en un momento de stress superior, de histeria encadenada. Doy media vuelta, chirrían las ruedas, doblo a la izquierda y llega la paz por rendición; el mismo tapón, la misma sucesión de luces rojas a contra sol, la misma certeza repetida una vez más: *"si llego a tiempo al trabajo, será otra prueba evidente de la existencia de Dios"*.

Si tus martes también comienzan así, quizás vayamos a coincidir en todo lo demás. Quizás tú también hayas puesto la radio por no tener a mano un lexatín.

Salto de emisora en emisora, y termino cayendo en la red de seda de araña de las tertulias de las ocho. La actualidad más novedosa desde posiciones siempre repetidas, con voces siempre moduladas, al compás de referencias bibliográficas no pedidas, para soportar un argumento con esa receta mágica de contertulio adivino a posteriori: *"Bueno, esto que hoy hemos sabido era un rumor que todos conocíamos desde hace tiempo..."*

La tertulia de las ocho es muy versátil, balsámica; resulta compatible con buscar hueco en el atasco de la 607, con acertar en la salida, con planificar el día, con revisar el correo entre arreón y arreón de primera a tres mil vueltas. Todo pasa despacio a las ocho, y la tertulia va pasando... con más pena que gloria.

*"La vieja Europa es la culpable del problema de la inmigración ilegal"...
"toda esta corrupción en el fondo es culpa nuestra por dejarnos ir, por no ser una sociedad exigente, y por haber perdido los valores..."*

Pierdo el control de los ojos y miro a la radio del coche con la mirada de Michael Douglas en la escena de la hamburguesería en *"un día de furia"*. Miro a mi vecina del carril de al lado, paciente como yo, concentrada y decidida a quemar los próximos mil quinientos metros en 47 minutos, para 1.350 euros al mes. Y se siente afortunada. Y quizás lo sea.

Y me siento insultado, y dolido, y me enfado y me revelo. Resuena mi bronca en el habitáculo de cristal de mi coche. No vienen mis hijos conmigo.

¿Si fuera que lo hubieran dicho una vez?, ¿si fuera la excéntrica aportación de un iluminado más?... Pero no es así. El sofisma se ha hecho viral y amenaza con alcanzar el estatus de opinión pública; sueña con el pódium de ser verdad epistolar cuando llegues a la máquina del café en la oficina.

Yo no tengo la culpa, Señores contertulios, pensadores, políticos, euro-escépticos o burócratas de Bruselas. Yo no tengo la culpa de la guerra en Siria. No me acusen del drama de Aylan en las playas de Turquía. Nunca metí la mano en la caja de nadie, y quizás por eso solo puedo ir quince días de vacaciones en verano.

No quieran que me sienta mal. No procuren la socialización de una culpa que no es mía, ni de mi vecina de carril, que por la matrícula de su coche tampoco metió la mano en la caja.

Y sí tenemos valores, los que queremos para nuestros hijos, los que vivimos en nuestra realidad, en la que sí somos protagonistas, en la que procuramos la justicia, la igualdad y la paz.

En el atasco de las ocho y media, cuando ya solo nos quedan 250 metros de estenosis, somos *la vieja Europa, somos mi querida España*, somos lo que haya que ser para sacar adelante nuestras vidas y las de nuestros hijos, con enorme dignidad.

Miro a Madrid. Siento a España. Soy de Europa y del Mundo. Y yo no tengo la culpa.

Pero sí tengo algo.

Tengo toda una vida por delante; y al final de mi vida un examen. Seré alumno y profesor; redactaré la pregunta y me afanaré en dar con la respuesta correcta.

¿Qué hiciste para que todo fuera mejor?

Tengo toda una vida para escribir la respuesta a la pregunta que sé que me haré y que, quizás, tú me harías.

¿Y entonces?.

Entonces, si podré tener la culpa por no haber procurado y exigido un mundo más justo y más humano; por no haber reaccionado, por mantener el silencio, por no dar de lo mío para lo de todos, por no vivir más en la vida pública, por no ser altavoz de lo bueno y sordina de lo malo.

Yo soy la sociedad civil. Si duermo, ella duerme; si exijo, ella exige; si me muevo, ella reacciona. Yo no tengo la culpa, pero sí soy responsable de que vivíamos en un mundo mucho mejor.

Doblo a la derecha. La Castellana parece despejada. Me esperan mi vida, y todo esto que te he contado, y que en el fondo es mi propia vida.

Ramón Pinna Prieto

26 ABRIL 2017